

TODO EL MUNDO SE SIENTE VÍCTIMA EN EL SISTEMA EDUCATIVO

Profesores sobrecargados y cuestionados, familias desbordadas e incomprendidas, estudiantes ansiosos y desmotivados, administración presionada y frustrada, ... Y **todo el mundo culpando de su situación a otros actores.**

Y es que, efectivamente, desde cada perspectiva individual, la sensación es que uno da mucho más que recibe, o bien que a uno se le exige más de lo que se le entrega a cambio.

Desde esos mapas de carencia e injusticia, que no contemplan factores económicos y culturales de fondo, no es fácil escapar de esa dinámica. Cada actor se enroca en su parte de razón, y **el sistema se convierte en una lucha entre peones que no perciben sus ataduras mentales y acaban reproduciendo la misma opresión que cada uno denuncia.**



Por ejemplo, como ya he explicado en [otro artículo](#), una parte significativa del profesorado se encuentra desbordado por la complejidad en las aulas y asfixiado por la sobrecarga de informes y programaciones. Sin embargo, **ese mismo profesorado estresado se relacione con sus estudiantes desde las prisas, la exigencia, y la productividad.**

¿Por qué, después de 6 horas en un instituto, se exige a los estudiantes a veces entre dos y tres horas más al día de “deberes” o de estudio para los exámenes? Nadie obliga a que sea así, ni siquiera la administración educativa. **El profesorado sale a las calles para denunciar una situación de sobrecarga laboral, pero la mayoría impone esa misma realidad a sus propios alumnos.**

Obviamente no lo hacen por mala voluntad, sino por la presión que sienten – a menudo también de las familias- para transmitir el currículum y preparar a sus estudiantes para el siguiente “nivel”, en esa carrera de obstáculos que es el sistema educativo. Y lo paradójico, y lamentable, es que **la mayoría de contenidos que se “aprenden” así no sirven para casi nada y se olvidan por completo.**

El sistema educativo se articula alrededor de una serie de creencias que se generaron en el siglo XIX que hoy en día tienen muy poco sentido, pero que producen un contexto de estrés y deshumanización en las relaciones.

Por ejemplo, si uno mira el currículum escolar y los libros de texto, parece que realmente hay muchas cosas que un estudiante debe aprender en la escuela. Todo ello parte de la idea de que la información, por sí misma, tiene un valor. Pero no es así, **cuando la información no desencadena un impacto en el ser humano, cuando no transforma al individuo, simplemente es ruido.** Los adolescentes y jóvenes aprenden multitud de datos sobre épocas históricas, conflictos y guerras, pero esa información no favorece seres humanos más conscientes de sus creencias, sus actitudes y sus guerras internas. **No es una información “educativa”. Pero ocupa mucho tiempo, genera mucho estrés, y desvía la atención de lo fundamental.**

En realidad, **no todos los contenidos escolares tienen el mismo valor. Hay tres tipos de saberes: los esenciales** -los que tienen que ver con el mundo interior de las emociones, las relaciones y las actitudes-; **los saberes útiles** -aquellos que se utilizan para situarse en el mundo, y que sirven para gestionar la atención y los procesos cognitivos-; y, por último, el resto, **los saberes interesantes**, que son totalmente prescindibles en las instituciones “educativas”, porque si una persona goza de salud mental y unas capacidades cognitivas adecuadas, podrá acceder a ellos cuando lo necesite.

Las instituciones escolares son estresantes para todos en gran parte porque la energía está encaminada hacia lo prescindible, cuando lo esencial no tiene espacio. Y en ese contexto, las relaciones entre las personas se deshumanizan y pasan a ser un negocio de compra venta de información guiado por el miedo a carecer, o a no llegar a ser.

Curiosamente, en la era de la Inteligencia Artificial y de la hiper información, **lo más significativo que una institución educativa puede ofrecer a sus alumnos es el desarrollo de la Inteligencia emocional, social y creativa,** porque lo único que la Inteligencia Artificial no puede hacer por uno, mientras el ser humano no se fusione con ella, es vivir la propia vida, ser uno mismo. Ese es el sentido de la vida, y ese debería ser el sentido de la educación: **aprender a ser un ser humano.**

Cuando uno se siente desbordado, estresado y con ansiedad, lo más fundamental que puede hacer es **pararse para observar** de cuántas cosas se está ocupando que no son esenciales; observar para descubrir las creencias en las que se sostiene esa actitud desorientada; **y conectarse con el corazón,** que no sabe de carencias, sino de posibilidades y de alegría de vivir, como un niño pequeño.

Qué paradójico, aquel a quien pretendemos educar.

Jordi Mateu

Director del Caiev

<https://jordimateu.info/>

<https://caiev.com/>